

para habitaciones y á menudo hay una tercera destinada á guardar los utensilios y otros objetos. Una abertura practicada en la nieve sirve de entrada y una plancha de hielo hace las veces de puerta: de esta suerte, como dice un viajero polar, «es posible aun en una cabaña de nieve estar cómodamente y entregarse al sueño después del trabajo con el convencimiento de que el primer constructor de una de estas viviendas y el inventor del saco de dormir prestaron al mundo septentrional el mismo servicio que el inventor de la máquina de vapor al mundo civilizado.» En estas cabañas cuya altura de 2 y $\frac{1}{2}$ metros en el exterior permite que pueda estar de pie dentro un hombre de regular estatura, que reciben la luz por medio de una plancha de hielo transparente como el cristal y que están exteriormente bruñidas por una capa de nieve que aumenta el espesor de sus muros, son de nieve hasta los sustentáculos en forma de columna para las lámparas y los lechos que se cubren con una piel ó con maleza.

La vida nómada hace que además de estas chozas sean una vivienda temporal de todos los hiperbóreos las tiendas, por más que éstas sólo se utilicen durante la corta estación veraniega; esto no obstante, no á todos pueden aplicarse las siguientes palabras de Cranz á propósito de los groelandeses: «Durante el invierno viven en casas y en tiendas durante el verano.» Los muchos círculos de piedra que los viajeros polares han encontrado en las costas de los territorios árticos y que consideran como huellas de tribus hace tiempo desaparecidas son en realidad simples restos de fugaces tiendas de verano que se construyen cuando la nieve derretida amenaza filtrarse por los techos de musgo de las chozas de invierno; pero en cuanto caen las primeras nevadas copiosas vuelven las mujeres á reedificar estas chozas y ya en el mes de setiembre todos se han enterrado de nuevo debajo del hielo en donde permanecen hasta el mes de mayo. Cada tienda es habitada por una sola familia.

Para iluminar sus largas casas practicaban los aleutianos en el techo y los groelandeses junto á la puerta de entrada varios agujeros sobre los cuales se tendían pieles recortadas. Para el alumbrado al par que para la calefacción tienen, además, estos pueblos y con ellos todos los esquimales una lámpara formada por una plancha de piedra con una cavidad á modo de plato en uno de los lados (véase el grabado de la pág. 117): en ella funden el aceite y colocan un poco de hierba seca que hace las veces de torcida. Para calentarse colócanse, así los hombres como las mujeres, una de estas lámparas entre las piernas y se acurrucan sobre ella durante algunos minutos. Los chuktches poseen también estas lámparas, pero entre ellas las hay de barro y con un zócalo para el aceite que gotea. Allí donde, como en las largas casas de los esquimales y de los aleutianos, arde una lámpara para cada familia, el efecto calórico de todas las lámparas reunidas no deja de ser notable al cabo de un rato. Encima de la lámpara cuelga generalmente una caldera en donde se cuecen los manjares y así como antes se obtenía la lumbre por medio de la frotación de dos maderas, empléanse en la actualidad con mucha frecuencia las espátulas y el pedernal. El resto del menaje de estas cabañas se compone de tres depósitos de agua, de algunos palos ó cordones para colgar los vestidos, de armas, utensilios de toda clase y perros: en el exterior se tienden las pieles que por la noche sirven para arreglar los lechos. A pesar del reducido espacio de estas viviendas reina en ellas cierto orden, siendo únicamente molesto el cacharro de orines en donde se ablandan las pieles para ser curtidas. Cranz hablando de la vida doméstica de los esquimales groelandeses dice: «A menudo no se sabe qué

admirar más, si su economía doméstica que aunque concebida en estrechos límites aparece bien marcada, ó su frugalidad en medio de su pobreza gracias á la cual créense más ricos que nosotros, ó el orden y la tranquilidad que en tan reducido espacio reinan.» Esta observación puede ser aplicada á todos los hiperbóreos cuyas relaciones sociales son más ordenadas de lo que podría esperarse de la presión que sobre estos pueblos ejercen las duras circunstancias de la naturaleza, lo cual en el fondo depende de que por lo mismo que están más obligados á trabajar son los más laboriosos de todos los pueblos naturales. La poca densidad de población que en otros puntos es causa de miseria contribuye á la tranquilidad de la vida y del trabajo en extensos territorios: la paz y el trabajo dejan sentir su benéfico soplo sobre la existencia de vastas comunidades de pueblos hiperbóreos.

CAPITULO IV

LOS HIPERBÓREOS EUROPEO ASIÁTICOS

«Algunas tribus más débiles se vieron á menudo obligadas á huir á los desiertos de hielo del Norte y se consideraron felices sólo porque allí pudieron proporcionarse el sustento libres de los ataques de los enemigos, adaptándose á las costumbres de los pueblos polares ajustadas al clima y á los recursos alimenticios del país.»

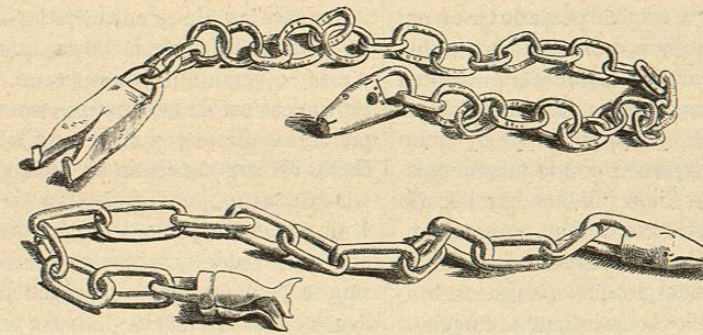
NORDENSKIOLD

Relación de estos pueblos con los que habitan más hacia el Sud. — Acorralamiento hacia el Norte. — Relaciones con la civilización cristiana-europea. — Traje. — Sustitución de las pieles por los tejidos. — Tatuaje y peinado. — Armas. — Metales. — Caza y pesca. — Cría de renghíferos. — Alimentación. — Tabaco. — Chozas y tiendas. — Transición á las casas de madera. — Ajuar doméstico.

Los pueblos esquimales podían, en general, ser calificadas de habitantes de los mares y de las costas puesto que casi siempre habitaban únicamente un espacio poco ancho de la costa detrás del cual ó se alzaban montañas, ó se extendía una helada superficie ó, y esto era lo más común, habitaban pueblos de otra raza. No sucede lo mismo en el viejo mundo en donde es muy característico el hecho de que apenas atravesamos el mar que separa las dos partes de la tierra nos encontramos en la costa y en el interior de la península Chuktche con dos pueblos en su origen distintos que constituyen la transición de las relaciones americanas á las asiáticas. El antagonismo que existe entre los chuktches renghíferos y los de la costa es de especial interés por cuanto los habitantes de la indicada península son de todos los hiperbóreos thalassos los únicos que lo ofrecen de una manera tan marcada. Entre los habitantes de Groelandia y del archipiélago polar norteamericano no aparece este antagonismo que volvemos á encontrar más hacia el Oeste, pudiendo sentarse como regla general que los hiperbóreos nortasiáticos son siempre ó bien partes de grandes pueblos que se ensanchan hacia el interior y que alcanzan los territorios septentrionales más apartados, ó pequeñas tribus que la corriente de la historia ha empujado hacia estos bordes y rincones boreales. Por esto los tunguses, afines de los manchúes, que dominan en la mitad del Asia interior y oriental y cuyo número era hace 150 años de 70 á 80.000 cuando el reciente cálculo de Rittich lo estima en 68.000, los tunguses — decimos — poseen un territorio de propagación que se halla limitado por el Ienissei y el Océano Pacífico, por la China y el mar Glacial y que si bien

disminuído en el Nordeste por los avances de los chuktches ocupa todavía la mayor parte de la Siberia oriental. Pero en ningún punto de este territorio han sido los tunguses originariamente sedentarios sino que han emigrado á él desde el Sud, probablemente desde la actualmente denominada Manchuria en donde se cita como primitiva residencia de los mismos la famosa montaña alpina de Schangan Alin que se alza en la frontera de Corea. Los tunguses refugiáronse antes que los mogoles hacia el Norte en las selvas de Siberia y con ello retrogradó su civilización que á juzgar por varios indicios debió ser en otro tiempo superior: en la actualidad viven como pobres cazadores y pescadores y están sometidos no sólo al gobierno ruso sino en algunos puntos á los mismos chuktches que han penetrado con sus rebaños de renghíferos en sus residencias. Análogos caminos han seguido los samoyedos que desde la montaña

Sajani se encaminaron voluntariamente ó por fuerza á las costas del mar Glacial. El pueblo de los yukagires, que puede ser considerado como ejemplo de pueblo fraccionado, llevaba en antiguos tiempos una vida nómada en las fuentes del río Kolima, pero á consecuencia de una epidemia variolosa una parte del mismo emigró á lo largo del río desde cuya desembocadura pasó á las más cercanas islas del mar Glacial: otras porciones de ese pueblo se quedaron en algunos afluentes del Kolima, tales como el Omolón, el grande y el pequeño Anui; otra finalmente se dirigió hacia el Oeste á la gran tundra en donde se mezcló en su mayor parte con los tunguses y algunas familias de esta última fracción se separaron de las demás marchándose al distrito de Werchojansk, en donde residen todavía sus descendientes en número de unos 1.000 individuos de ambos sexos. Sólo una pequeña parte quedóse, pues, en



Cadenas de colmillo de morsa, de los aleutianos. (Museo de la Ciudad, Francfort en el Maine).

las fuentes del Kolima y del Jasatschnaja formando la tribu de los actualmente llamados yukagires.

Considerados en conjunto, los pueblos que hoy en día ocupan el extremo borde septentrional del Asia todos residieron en otro tiempo más ó menos en comarcas más meridionales siendo desde ellas empujados hacia el Norte. Hace ya 40 años que Castrén señaló como ley histórica la dirección de Sud á Norte de todos los grandes movimientos de pueblos, al decir lo cual debió sin duda pensar principalmente en la historia de los pueblos hiperbóreos y finicos que en su mayor parte tiene un carácter pasivo. Este movimiento de retroceso quizás en la actualidad está detenido. Nordenskiöld pudo explicar la falta de población en una gran parte de las costas septentrionales de Asia y de las islas que en frente de ellas se extienden (cuando en la parte americana en las mismas condiciones climatológicas y con análogos medios de alimentación propágase aquella hacia el Norte en diez grados de latitud y más) por el hecho de que las continuas luchas intertribuales empujaron siempre á las tribus más débiles hacia los territorios americanos al paso que en las comarcas asiáticas el establecimiento de una administración ordenada realizado por los rusos permitió á los débiles y oprimidos indígenas correrse lentamente hacia el Sud. Existen, en efecto, indicios de que antiguamente en el Norte de Asia las tribus llegaron hasta el borde del mar y aun fueron empujadas hasta las cercanas islas. Los que en tales territorios se quedaron extinguieron por falta de ayuda en sus luchas con el hambre, el frío y las enfermedades. Del mismo modo que los pueblos moviéronse en dirección al Norte los antiguos rasgos de la civilización. Sabido es que por lo que toca á Europa se ha sentado la hipótesis de la existencia de una población primitiva de lapones ó por lo menos de criadores de renghíferos. Los puntos cercanos al lago Baikal en donde predominan el acero y el hierro eran en la edad de piedra, según lo demuestran los hallazgos de Witowski,

patria de una numerosa población y asiento de una fabricación de innumerables utensilios de cuarzo, jade y nefrita. Iguales huellas encontramos en toda la Siberia hasta encontrar actualmente en el extremo Nordeste la edad de piedra en todo su apogeo. Agapitow descubrió un lugar en la estepa de Ust-Unga completamente cubierto de pedruzcos de utensilios de piedra de los que pudieron reunirse algunos millares. Las destrales que allí se encuentran son exactamente iguales á las que hoy en día emplean los chuktches.

El fondo de las leyendas históricas constituyó el proceso de estas remociones. Una de ellas dice así: los tshudes de ojos blancos formaban antiguamente un gran pueblo antes de que los rusos llegaran á Siberia; no conocían el abedul, pero cuando apareció este árbol con la corteza blanca los profetas de los tshudes auguraron á su pueblo que vendría el Czar blanco destinado á exterminarle, en vista de lo cual resolvieron los tshudes enterrarse mutuamente y cuando el último hubo cavado su fosa se suicidó. Así se extinguieron los tshudes.

La inmensa mayoría de los hiperbóreos nortasiáticos supo apropiarse y servirse muy poco ó demasiado tarde de los recursos de la civilización europea. El cristianismo no fué más que aparente, pues en el fondo siguió reinando en absoluto el camanismo: únicamente los lapones, entre los cuales las misiones empezaron su obra á principios del siglo décimoséptimo, constituyen una excepción de esta regla general siendo muy ensalzadas por varios autores su religiosidad y la firmeza de su fe. Pero este pueblo es un pueblo pastor mientras que la mayoría de los nortasiáticos dedicados á la pesca y á la caza no tienen seguro el sustento destruyendo en ellos el uso del aguardiente todo lo bueno que puede producir el cristianismo. Algunos aparentes progresos, como la construcción de casas de madera, la importación de metales, de vestidos europeos y otras cosas análogas, no son en realidad tales progresos en la

economía de los indígenas del mismo modo que el comercio no se presenta en estos territorios como poder civilizador. En aquellas comarcas en las cuales los europeos pagaron la industria y el tráfico y con ellos el bienestar y las buenas costumbres, los indígenas se empobrecieron y acabaron por abandonar un suelo que les costaba demasiado caro. Mientras los ostiakos reinaron sin limitación alguna en las extensas selvas vírgenes del país del Ob, la abundancia de caza, de animales de pieles y de peces de toda clase proporcionó a la escasa población de aquellos vastos bosques recursos más que suficientes; desde entonces el ostiako ha conservado como rasgos principales é invariables de su carácter la bondad infantil, la frugalidad y la ingenuidad. Pero todas las condiciones primitivas de existencia de este sencillo pueblo natural han sufrido triste alteración con la devastación parcial de los bosques y con la ambición de los conquistadores rusos. La explotadora codicia de los comerciantes de pieles y de pescado rusos por un lado y por otro la funesta pasión de los ostiakos por el aguardiente han hecho en la actualidad de ese pueblo en algunos conceptos infantil todavía, un pueblo atacado de una inevitable decadencia. Es muy significativo el hecho de que samoyedos y yakutas expresen con la misma palabra las ideas «pobre» y «malo.» Estos pueblos han llegado á ser «pueblos malos» en el sentido más genuino por cuanto la civilización que se les llevó fué causa de su empobrecimiento. Con muy buen sentido quejábanse los tunguses á Middendorf de que los comerciantes fueran á acosarles en sus viviendas en vez de limitarse á permanecer en los mercados. Casi todos los mejores cazadores y muchos propietarios de rebaños de renghíferos están agobiados de deudas. En tales circunstancias no es una gran alabanza decir de una tribu que se rusifica, y de los elogios que Augustinowitsch dedica á los omokes despréndese claramente que éstos, si bien han adoptado la religión cristiana y el traje é idioma rusos, han conservado las buenas cualidades de su raza, á saber: la habilidad, la soltura, la laboriosidad y la honradez que les distinguen favorablemente de los demás indígenas.

Por el predominio de las pieles ó del cuero el traje de los nortasiáticos se parece al de los esquimales y hasta en el corte no difiere mucho del de éstos por más que ofrezca mayor variedad. El más característico es el de los tunguses que consiste en un casacón de piel puntiagudo por detrás como el frac, adornado con perlas y abierto por delante dejando ver por esta abertura un peto con muchos bordados; debajo de esta prenda y en inmediato contacto con la piel una especie de semi-caftán y encima un sobretodo de piel que en los samoyedos es más largo que entre los dolganes y tunguses siendo el de aquéllos de piel de renghífero de color claro y más oscuro el de éstos. Entre estos pueblos en vez de las capuchas adheridas al vestido están en uso los gorros generalmente de piel de zorra; las samoyedas, sin embargo, llevan capuchas ribeteadas de piel de perro. El rabo de renghífero que los samoyedos ostentan en sus capuchas es un distintivo característico que les diferencia notablemente de sus vecinos los yurakes. Los calzones de los habitantes de las costas son botas de piel que llegan hasta la cintura y á las cuales van unidos unos pantalones que cubren el cuerpo á modo de pantalones de nadar; los cazadores llevan en vez de aquéllos unas polainas con zapatos unidas unas con otras y con el cuerpo por medio de tiras de cuero. Las samoyedas llevan en las piernas media docena de aros de latón adheridos á las polainas y cuelgan del peto de su traje interior toda suerte de baratijas de metal. Los tunguses usan unos abrigos

para el cuello á modo de boá hechos con colas de ardilla.

Más hacia el Oeste las formas de los trajes tienen un carácter más europeo. Los samoyedos occidentales llevan un chaleco con mangas, pero éstas á menudo cuelgan vacías pues los brazos se aprietan contra el cuerpo para entrar en calor; usan, además, calzones de piel de renghífero ribeteados con piel de perro y las samoyedas suelen llevar en vez de chaleco una túnica muy ajustada en la parte correspondiente al cuerpo y más ancha por abajo. El traje de los lapones y de los nortasiáticos del Sud que tienen frecuente trato con los rusos es el que más se separa del tipo hiperbóreo. Ya Steller encontró entre los kamchadales camisas ordinarias cuyo origen puede muy bien ser chino ó japonés. Entre los tunguses vense mujeres con túnicas de paño azul con adornos encarnados, con gorros á modo de casquetes cosidos con hilos de plata y con cinturones de latón plateado. Las burdas telas de lana reemplazan cada vez más á las pieles entre los lapones notándose esto más en los habitantes de la costa que en los de las montañas y más en verano que en invierno. Durante la estación fría las túnicas así de los hombres como de las mujeres son de piel de renghífero con el pelo en la parte interna; los gorros de los varones consisten en unas grandes gorras cuadradas y los de las mujeres presentan la forma de yelmos gracias á un armatoste de madera que tienen en su interior. En el verano visten hombres y mujeres simplemente una larga camisa de paño burdo generalmente suelta cuyas mangas llegan hasta la muñeca: la basta tela con que están confeccionadas estas camisas, algunas veces completamente haraposas, es de un color negro ó gris. Durante el verano el traje de los lapones montañeses consiste en pantalones ajustados de piel de renghífero, zapatos de cuero grueso con las puntas inclinadas hacia arriba y la camisa de lana; cuando están de viaje llevan, además, un cinturón del que pende un cuchillo que los cazadores afortunados adornan con dientes de oso, y á la espalda un saco de cuero para las provisiones. Allí donde más se deja sentir la influencia europea, como entre los lapones de Lulea que disfrutan de regular bienestar, el traje se parece mucho al de los labradores del Norte. Du Chaillu describe á las laponas de Lulea que llevan á pastar á sus rebaños hasta el Sulitelma, diciendo que visten una túnica interior de lana, encima otra de lo mismo que les llega hasta los tobillos y cuyo borde inferior está adornado con tiras transversales rojas y amarillas, un cinturón á menudo cargado de adornos de plata del que cuelgan el cuchillo y las tijeras, y medias azules. Middendorf cita como rasgo característico de los indispensables guantes de piel el corte que presentan en la base del pulgar y cuyo objeto es que se pueda estirar bien este dedo y agarrar así mejor los objetos.

El tatuaje del rostro hecho de una manera especial por medio de costuras lo encontramos entre los tunguses (véase el grabado de la pág. 141), yakutas y ostiakos, pero tiende rápidamente á desaparecer; el de los brazos es mucho más frecuente.

Los utensilios y las armas de los hiperbóreos del viejo mundo no son superiores á los del nuevo en la proporción que podría creerse dada la mayor intensidad de las influencias civilizadoras á que aquéllos están sometidos: esto no obstante, existen algunas excepciones de esta regla general, como por ejemplo los zapatos para la nieve (*skidor*) de los lapones, cuya gran utilidad se demostró entre otras en la expedición de Nordenskiöld al través de los hielos de Groelandia en 1883. El arco de 2 metros de alto está generalmente fabricado con madera de abedul ó se compone de dos piezas, una de abedul y otra de pino, unidas

con cola de pescado. Los lapones suelen atar los arcos con alborno de abedul y los ostiakos acostumbran cubrirlos con un barniz amarillo. Para disparar contra animales cuya piel no ha de ser estropeada empléanse flechas romas. El arma más importantes el venablo para cazar osos que encontramos desde Laponia hasta el país de los chuktches en forma de lanza de dura hoja y gruesa asta y que sirve á los tunguses, por ejemplo, de compañero inseparable como bastón, etc. Entre los tunguses y yakutas que están en trato frecuente con los chinos vemos á menudo armas con incrustaciones de plata ó de otro metal que Nordenskiöld encontró en las costas del mar Glacial y en el país chuktche. Oscuro se presenta el origen de la coraza de palitos usada por los chuktches de la costa que aparece también entre los aleutianos y los habitantes del estrecho del Príncipe Guillermo y algunos de cuyos ejemplares llegan hasta las tribus indias del Noroeste (véase el grabado de la página 77): la unión de las distintas partes de esta coraza recuerda el estilo japonés, pero la forma tiene todo el carácter polinesio.

El hierro, como ya hemos visto hablando de los chuktches, abunda en los territorios del lado asiático y más aún en los del lado europeo influyendo en el caudal de utensilios y armas de estas comarcas más poderosamente que en el de los países americanos. Los pueblos que gozan de mayor bienestar, como los samoyedos de Avam, forjan el hierro para hacer puntas de lanza y poseen trampas para coger lobos y cadenas de hierro en vez de cordeles para atar los renghíferos, etc.: las mujeres de estos pueblos adórnense con colgajos de hierro y de latón para demostrar por medio de sonajeros y de cascabeles el grado de su bienestar. En cambio Middendorf encontró todavía entre los tunguses puntas de flecha de hueso además de las de hierro, que este pueblo sabía forjar perfectamente. La plata ha adquirido carta de naturaleza entre los lapones: los lapones renghíferos ofrecieron á Du Chaillu café en una taza de este metal que junto con una cuchara de elegante forma constituía un recuerdo de familia de más de 100 años de antigüedad.

La vasta aplicación de las pieles y del cuero para las prendas de vestir, para techos y otras cosas análogas hace que la preparación de aquéllas tenga excepcional importancia: para este objeto empléanse utensilios muy ingeniosos que Middendorf encontró tanto más perfectos cuanto más se fué alejando de los centros de civilización siberianos. La operación principal consiste en preparar cuidadosa y mecánicamente las pieles por medio de la frotación y de la raspadura; allí donde no hay raspadores de hierro se fijan fuertemente con resina algunos fragmentos de pedernal de afiladas aristas á una madera en forma de yugo obteniéndose de esta suerte un instrumento muy eficaz para ablandar la piel (véase el grabado de la pág. 145). Para conseguir mayor blandura empléase una pasta de yema de huevo, seso é hígado mascado de renghífero mezclados con mucha saliva. El procedimiento seguido para la fermentación es sumamente sencillo: además para que ésta sea más rápida se arrollan las pieles engrasadas y escupidas y se hacen servir de almohadas con lo cual se les presta el calor necesario para fermentar. Además de las pieles son las cortezas un material muy usado en cuya preparación sobresalen especialmente los tunguses: empléase principalmente para cubrir las tiendas, pero también se hacen con corteza de abedul bolsas y cajas con adornos de colores marcados por medio de la presión. Las mujeres ostiakas fabrican, además, la muselina tan estimada en Rusia, tejido hecho con las fibras de la ortiga que en el Ob llega á alcanzar la altura de un hombre.

El sello del nomadismo se halla impreso en la pobreza y otras cualidades del ajuar doméstico. Entre los nómadas puros, como los orotchones, no se ve en el interior de las grandes ni de las pequeñas tiendas ningún utensilio casero, sino que todos están colocados muy ordenadamente en trineos como dispuestos para una marcha inmediata. Lo que más predomina son los utensilios propios para contener algo, pudiendo observarse en cada *jurte* algunos cajones ó sacos cilíndricos de pieles cosidas que sirven para guardar las distintas menudencias pertenecientes al menaje y que en los viajes llevan á cuestras los renghíferos. Las vasijas de más uso son de madera ó de corteza de árbol, pero también las hay de piel y de otras partes de animales; así por ejemplo Middendorf dibuja una pata de cisne que se utilizaba como botellita para guardar la grasa. Además los estómagos frescos de renghífero se rellenaban con sangre y en piel de ganso ó de renghífero joven se guardan preparaciones á modo de morcillas. Para análogos fines se emplea la piel del salmón kundcha sin escamas. Los tendones de renghífero hacen las veces de hilo: la costura y la lazada son los principales medios de afianzamiento, por esto la lezna no puede faltar en ningún trineo de hombres, pues la mayor parte de las reparaciones se hacen por medio de ligaduras. En estos pueblos encontramos por vez primera el encolamiento con cola de pescado.

La caza es la principal fuente de alimentación y de ganancia de los nortasiáticos, así es que aun en aquellos puntos en que andan de un lugar á otro con sus rebaños de renghíferos están éstos las más de las veces confiados al cuidado de las mujeres mientras los hombres permanecen ausentes cazando, por lo menos durante una parte del año. Los renghíferos son á menudo un capital de reserva, al paso que la caza y la pesca proveen á las necesidades del día. La caza de animales de piel como la zorra, el zorro blanco, la ardilla, la liebre, el lobo, el glotón y el arniño constituye un rico manantial de ingresos para los tunguses, lamutes y yakutas. La carne de los animales cazados se come y las pieles son preparadas para fabricar con ellas toda clase de utensilios constituyendo, además, un equivalente de la moneda que estos pueblos no tienen: en tiempo de Middendorf los samoyedos de Assja hacían servir como á tal las patas de zorro blanco cuyo valor era la duodécima parte de la piel de zorra que hacía las veces de unidad monetaria y valía 2 rublos y 40 kopekes. Los orotchones venden á los rusos los pellejos, pieles y demás productos y con pieles pagan principalmente sus tributos á la corona. Los cuernos que durante la primavera crecen á los ciervos y el almizcle son, además de las pieles, objetos del comercio de los tunguses con los chinos. Por esas razones algunas tribus pertenecen al número de pueblos más exclusivamente pero también más hábiles cazadores de la tierra. Middendorf traza elocuentes descripciones del celo y de la perseverancia que en la caza demuestran los tunguses y refiere, por ejemplo, que pasan días enteros de invierno en los sombríos bosques provistos de una simple manta preparando trampas, que algunos regresan al campamento con tres reses almizcleñas cogidas en una sola vez, etc. Las cazas tienen como los mercados sus épocas fijas.

La pesca es tan necesaria como natural dado el número de ríos de este país, y aun cuando son pocos los que á ella se dedican exclusivamente constituye un frecuente manantial de alimentación al lado de la caza y de la cría de renghíferos. Las redes que la abundancia de peces en los ríos nortasiáticos hace de todo punto indispensables, son muy imperfectas. En cambio poseen los ostiakos algunas cestas de 3 metros de largo por 1 y $\frac{1}{2}$ de ancho muy á propósito